

EL LEGIONARIO

DE LA BUENA PRENSA

Se reparte gratis a los miembros de la gran Cofradía Nacional de Legionarios de la Buena Prensa.

Esta grandiosa Cofradía sólo exige una avemaría diaria y 5 céntimos semanales.

ADMINISTRACIÓN: Barquillo,
4 y 6.—Madrid.

Año XV 22 Febrero 1925 Núm. 751

HEROES DESCONOCIDOS

Un tipo popular de propagandista católico.

(CONTINUACIÓN)

Dejamos a nuestro H.^o Vicente en sus populares peroratas por las calles de Madrid. Con los incidentes y episodios que en tales andanzas le ocurrieron, habría para formar una edificante y muy divertida historia, pero esto nos llevaría fuera de nuestro propósito. Fuera de lo que hablaba en esas pláticas callejeras el H.^o Vicente solía andar silencioso y apartado del bullicio humano. Su método de vida estaba regulado por la dirección de dos piadosos sacerdotes a quien él tenía confiada su alma. Era frecuente en él pasar buena parte de las noches sin dormir, unas veces por dedicarlas a la oración, y otras por las vejaciones de que era objeto por parte del demonio, según hemos oído a personas confidentes suyas. Entre las conversiones realizadas por su celo cuéntase la de una señora que vivía relajadamente y por las exhortaciones del Hermano Vicente se entregó a una vida del todo piadosa. Enfurecido un caballero por este cambio, trató de vengarse de él desacreditando su fama de santidad. Con esta maligna intención logró introducir en la habitación del Hermano cierta no-

che a una joven libertina. Al verse nuestro Hermano con aquella sorpresa, hace salir al balcón a la joven, cierra rápidamente las puertas del balcón y allí la hizo pasar a la fresca toda la noche hasta que llegado el día pudo echarla a la calle.

Pero vengamos ya a lo que constituye la nota más característica del apostolado del H.^o Vicente.

El apostolado del buen libro.

El H.^o Vicente debió saber por experiencia la influencia avasalladora que ejerce en las almas el buen libro, y concibió la idea de hacerle instrumento de su apostolado con la mira principal de perpetuarlo eficazmente aun después de su muerte. El apostolado del buen libro constituyó para él una espiritual obsesión. La adquisición de libros buenos era su más afanosa ocupación, y los guardaba y atesoraba con mayor ambición que el avaro más apretado guarda y acrecienta sus taleguillas de plata. El hombre que no recibía ni una perra para convertirla en pan, sino que se ceñía a tomar el alimento que en especie le ofrecían al día almas caritativas, aceptaba con gratitud las limosnillas que se le daban para convertirlas en hogazas de pan espiritual, dedicándolas a la adquisición de obras espiritua-

les que él desde luego saboreaba con gusto en las horas largas de retiro que le dejaban libres sus exhortaciones callejeras, y la notable ilustración cristiana que en tales instrucciones revelaba fruto era de esa nutritiva y saludable lectura. Sus salidas favoritas, después de la iglesia y de los hospitales, eran para los puestos de libros, adonde infaliblemente iba a parar sin apenas calentarle el bolsillo cualquier moneda que la caridad hacía llegar a sus manos. Cargado con su hatillo de libros regresaba alegre a su casa, y cuando algún amigo le tropezaba en el camino con ese fardo o le sorprendía en su casa ocupado en la tarea de ordenar su librería, solíale contestar con aire de franca satisfacción y acariciando con la mano aquellos codiciados volúmenes: "Estos libros han de hacer vomitar las pócimas de veneno que la Prensa impía está introduciendo en las almas." De la labor de propaganda que con sus libros hacía no hemos logrado adquirir noticias o pormenores concretos, pero lo único que sabemos es tan significativo y elocuente, que nos pinta vigorosamente y con trazos inconfundibles el alma de todo un apóstol enamorado de la obra del buen libro como instrumento de la salvación de las almas.

La obra del H.^o Vicente.

Ya hacía tiempo que no tenía- mos la menor noticia del H.^o Vicente. El peso de los años le iba recluyendo cada día más en su modesto tugurio de la calle del Conde Duque, número 3. Pasaba ya de los ochenta años. Había perdido casi completamente la vista. Sintiendo que se aproximaba la última hora arregló cristianamente sus cosas

(si algo le quedaba por arreglar), y lo chocante es que una de sus principales diligencias fué el hacer testamento. ¿Para qué iría a hacer testamento aquel hombre de Dios, profesional de la más absoluta pobreza y que llegaba a la hora de la muerte como había deseado llegar el V. P. Claret, sin dinero, sin deudas y sin pecados? Y sin embargo tuvo decidido empeño en hacerlo porque tenía un verdadero tesoro de que disponer, que eran sus libros, y ellos, que habían constituido la ilusión de su vida, eran uno de sus mayores consuelos en la muerte y una de sus placenteras esperanzas para después de ella, porque quería que fuesen ellos los continuadores de su obra propagandista.

Pasaron una porción de meses; y allá hacia mediados de 1922 recibí la visita de dos respetables caballeros de este barrio que venían a proponerme un asunto interesante. Erán los queridos amigos don Santiago Pérez y D. José Ceballos, dos de los admiradores y habituales convidadores del H.^o Vicente, a quienes él había nombrado albaceas en su testamento. Por ellos supe que el H.^o Vicente había fallecido el 26 de Septiembre de 1921, y que como albaceas suyos tenían el encargo de disponer de una notable cantidad de libros que según voluntad del finado habían de destinarse a fines de propaganda cristiana. Para este efecto solicitaban mi ayuda, que yo les ofrecí muy gustoso, y en compañía de ellos me fui a la que había sido vivienda de nuestro buen H.^o Vicente, y allí me encontré... con lo que el lector verá en el número siguiente.

JOSÉ DUESO, C. M. F.

(Se continuará.)